

Cuando los economistas alcanzaron el poder

ÁLVARO GROMPONE



CUANDO LOS ECONOMISTAS ALCANZARON EL PODER

(o cómo se gestó la confianza en los expertos)

mariana heredia

XXI siglo veintiuno
ediciones

Mariana Heredia. *Cuando los economistas alcanzaron el poder
(o cómo se gestó la confianza en los expertos)*
Buenos Aires: Siglo XXI Editores. 2015

Reseña de *Cuando los economistas alcanzaron el poder (o cómo se gestó la confianza en los expertos)* de Mariana Heredia.

«Los ministerios de Salud y Educación deberían ser desde ahora manejados siempre por economistas. Esos son necesariamente temas de economistas», nos comentaba hace unos años un profesor universitario a un grupo de economistas recién egresados. Más allá de lo equivocado que —creo— estaba, su postura es una realidad cada vez más patente. Mientras que los profesionales del derecho habían predominado como los agentes encargados de la administración pública, actualmente son los economistas quienes han cobrado especial relevancia en la materia. No solo han ido copando más espacios dentro del aparato público, sino que, de manera progresiva, se han convertido en los únicos legitimados para opinar (desde adentro y desde afuera del Estado) sobre un conjunto cada vez más amplio de asuntos del manejo estatal. Es algo que ha ocurrido en el Perú, cuyo signo más claro se dio con la victoria de Kuczynski en las últimas elecciones, quizá la figura tecnocrática más importante del país. Su campaña presidencial se sostuvo a partir de su rol de especialista y experto en el manejo de la economía y de la administración nacional en general. Su victoria no fue un hecho aislado. De manera paradójica, el expresidente Ollanta Humala —quien había alcanzado la presidencia a partir de un discurso de transformación social— terminó su gobierno con un gabinete donde destacaban

Revista Argumentos, Edición N° 1, Año 13, 2019. 68-72
Instituto de Estudios Peruanos
ISSN 2076-7722

economistas que, aunque ciertas iniciativas de reforma, priorizaban la eficiencia de carácter economicista como signo fundamental para evaluar las políticas públicas.

Sin embargo, lo interesante es que este no es un proceso específicamente peruano, ni tampoco latinoamericano. Como señalan Montecinos y Markoff en *Economists in America*, la ubicuidad de los economistas dentro de distintos temas de la política económica y social es un proceso de carácter prácticamente mundial que se fue tejiendo desde el escenario posterior a la Segunda Guerra Mundial y se ha acentuado de manera notoria en las últimas tres décadas.

Dentro de la línea de estudios que ha abordado el creciente rol de los economistas en el espacio público, Mariana Heredia nos ofrece un libro que detalla el papel de los economistas en la Argentina de las últimas cinco décadas. Se trata de un texto informado, acucioso y con pasajes verdaderamente brillantes por la claridad de la exposición y la profundidad de los temas abordados. El título no deja nada a la imaginación: *Cuando los economistas alcanzaron el poder (o cómo se gestó la confianza en los expertos)* busca rastrear el auge de los economistas en la política económica argentina y su rol predominante en la sociedad a partir de su lucha contra el principal enemigo económico del país: la inflación. Aunque podría aparentar recoger la rica tradición de la sociología de las profesiones, la autora más bien prioriza enfoques sociológicos más recientes que, como señala Claudio Benzecry en la presentación del libro, forma parte de la tendencia actual de una nueva ola de sociólogos y sociólogas en Argentina, formados especialmente en escuelas de posgrado estadounidenses y francesas.

Pese a su enorme valía, la sensación que deja el libro puede resultar agrí dulce. Es un texto riguroso y bien pensado, a la vez que es innegable que uno termina de leer el libro sabiendo mucho más sobre la economía y los economistas argentinos que cuando lo inició. El problema, más bien, proviene de la brecha entre las expectativas que el libro va construyendo y cómo ello es finalmente

abordado. La introducción parece plantear una hipótesis clara: en su lucha constante y recurrente contra la inflación, los economistas argentinos se fueron erigiendo como los únicos legitimados para intervenir y, con ello, «la ciencia económica se fue afirmando como garante de un juicio objetivo, como fundamento de un programa realista y como justificación de una voluntad estatal inflexible» (p. 2).¹ En este proceso, los economistas participaron activamente en la política económica, a la vez que las discusiones entre economistas ortodoxos y heterodoxos fueron parte continua de la discusión pública; en general, la ciencia económica y la política estuvieron imbricadas de manera estrecha. Así, mientras los economistas se fueron convirtiendo en “tecnopols” y se consolidaban como los intermediarios entre redes nacionales e internacionales, así como entre redes estatales, privadas y universitarias, su primacía se hacía casi absoluta en detrimento de otras ciencias. Como señala la autora «parecía necesario aceptar que la ciencia económica se consagrara a la explicación y manejo de la sala de máquinas que controla nuestra experiencia, mientras las otras ciencias se limitaban a reconstruir otros aspectos (por definición más locales y maleables) de la experiencia social» (p. 29).

Ahora bien, no es que Mariana Heredia no aborde estos temas, sino que lo hace de manera compartimentalizada. Más que un gran libro, da la impresión de que estamos ante dos textos muy bien trabajados de manera independiente, pero que no han terminado de articularse para darle el sentido de un trabajo orgánico. Por un lado, tenemos la historia del ascenso de los economistas al espacio público y político, en la cual se describe a los principales protagonistas, el espacio de los centros de investigación y *think tanks* de economía, además de sus crecientes vínculos con el Estado. Asimismo, se delinea cómo se reconfigura el espacio público y se aborda el auge del neoliberalismo como un proceso concomitante a la creciente importancia de los economistas. Aquí aparece una autora muy ligada a la teoría sociológica contemporánea —a partir de autores como Foucault, Bourdieu y Latour—, que aborda los procesos de las últimas décadas con una notable

1 Cuando no señalemos una referencia con autores clave, nos estamos refiriendo al propio libro de Mariana Heredia.

densidad teórica. La otra parte del libro, más bien, narra con gran detalle la lucha de los economistas contra la inflación y los sucesivos intentos para detenerla, ante la impotencia por constatar que los experimentos ensayados fracasaban uno tras otro, más temprano o más tarde. En esta parte, más bien, estamos ante una Mariana Heredia que transmite su fascinación por el recuento histórico y por los paradigmas de pensamiento y política económica que entraban en juego. Aunque ambas partes son sumamente interesantes, la cuestión es que cada una parece tener intereses, modos de manejar la información y enfoques distintos. Una es la Heredia socióloga, muy ligada a la teoría; la otra es la Heredia historiadora económica, muy vinculada a la revisión en prensa y entrevistas. Se hacen esporádicas referencias entrecruzadas de las dos partes que hemos definido, pero tranquilamente podrían ser leídas de manera separada; lo que es más grave, construir el argumento que propone la autora consistentemente hubiese requerido la interrelación entre ambas partes, lo que raramente ocurre.

Abordemos cada una de las partes para mostrar los contenidos del libro. La primera es la más ligada al ascenso de los economistas y al espacio de discusión pública en Argentina desde mediados del siglo XX, la cual aparece en el primer y cuarto capítulo. El aspecto más destacable es que no aborda el rol de los economistas a partir únicamente de aquellos directamente ligados al aparato estatal, sino que incluye todo el «campo» —en la perspectiva bourdieusiana— de los economistas argentinos y su inserción en «redes» —siguiendo aquí la propuesta de Latour— sociotécnicas para cimentar su centralidad en la política pública. Lo hace desde los orígenes de la carrera universitaria en Argentina, la aparición de posturas encontradas —recordemos que, frente a la versión ortodoxa tradicional, en Argentina la heterodoxia tuvo en Raúl Prebisch una figura crucial desde muy temprano en relación a la región— y el surgimiento de *think tanks* que defendían posturas encontradas de manera más orgánica.

En estos *think tanks* aparecen intereses académicos, pero también maneras de participar en la vida política de grupos empresariales disímiles que requerían el conocimiento, cada vez más le-

gitimado, de los economistas para hacerlo. Son organizaciones con posturas más o menos claras —como la Fundación de Investigaciones Económicas Latinoamericanas (FIEL), la Fundación Mediterránea, el Instituto di Tella o Instituto de Desarrollo Económico y Social (IDES)— que estructuran la intervención de los economistas dentro de la agenda pública, pero que son síntoma de la «privatización y norteamericanización» del conocimiento económico. De estas instituciones provienen, además, los protagonistas del libro: Domingo Cavallo, padre de la convertibilidad, provenía de la Mediterránea y de allí solía sacar a su equipo de gobierno, mientras que Sourouille, creador del Plan Austral, fue captado desde el IDES y los economistas que lo acompañaron, aunque era un grupo más mixto, provenían de los principales *think tanks* de economía del país. De hecho, un punto que destaca es que los economistas en Argentina alternaron desde muy temprano entre claustros universitarios, *think tanks* y el propio gobierno; por ello, las fronteras entre lo público y lo privado fueron, desde muy temprano, porosas. Estos centros y la participación en gobiernos de posturas distintas fueron las manifestaciones de la «batalla ideológica» entre economistas, pero, aún más importante, fueron construyendo la legitimación de los economistas que se hacían cada vez más (exclusivamente) importantes, ubicuos y más homogéneos hacia la ortodoxia liberal.

De alguna manera, este capítulo sobre el campo de los economistas está acompañado por otro (aunque entre ellos hay dos capítulos que no conversan del todo con ellos) que muestra cómo la noción de lo público fue reconfigurándose en Argentina. Es un tránsito desde grupos sociales y colectivos que participan en la deliberación pública hacia una concepción mucho más individualizada de la sociedad, una en la que los protagonistas son inversores o consumidores. En ese marco, la economía va apareciendo como un campo mucho más autónomo y más relevante en sí mismo, al mismo tiempo que los expertos y especialistas cobran mayor relevancia. Aquí vuelven a aparecer los *think tanks* y los centros privados de investigación como la plataforma que aglomera a estos especialistas y, por tanto, van definiendo una relación ambigua dentro-fuera del Estado. De este modo, la emergencia de una con-

cepción privatizada del mundo y el auge de los economistas como los portadores de una verdad objetiva a la que debía recurrirse para manejar los asuntos públicos se presentan como dos procesos profundamente imbricados.

La otra parte del libro aporta, más bien, detalles sobre los intentos recurrentes para luchar contra la inflación y las discusiones que surgían entre los economistas. Para quien no conoce la historia económica argentina, la revisión acuciosa de la autora resulta especialmente ilustrativa. La inflación se presenta como el principal enemigo público enfrentado por economistas ortodoxos y heterodoxos de manera igualmente infructífera. Paradójicamente, la misma inflación es descrita como la «aliada» de los economistas, dado que en su lucha contra ella, estos se iban presentando como los únicos capaces de lidiar con ella a partir de un conocimiento neutral. Lo más interesante es que Heredia sostiene que si bien aplicaban modelos y paradigmas que usualmente provenían del extranjero —vía recomendaciones del Fondo Monetario Internacional (FMI) o a partir de su propia formación en el extranjero—, los economistas argentinos no simplemente implementaban lo que decía el modelo. Había siempre un proceso de adaptación con importantes dosis de inventiva y experimentos propios; así, muchas de las políticas que han recibido la etiqueta de ortodoxas, en realidad no lo eran tanto.

Los economistas —y sus plataformas, los *think tanks*— son los protagonistas de esta historia. Llama la atención cómo desfilan gobiernos, grupos tenocráticos de economistas y propuestas de política pública sin que se logre derrotar al enemigo interno. Si estos economistas se presentaban como los médicos con la receta adecuada para los males (económicos) de la sociedad, la inflación aparece como una especie de virus que muta genéticamente de manera constante para hacerse inmune frente a estas vacunas e inyecciones. Resulta también sumamente interesante el seguimiento que la autora hace a la reacción de estos protagonistas cuando sus recetas, tan creativas y brillantes en el papel, no tenían el resultado esperado. Deja la impresión que si hay algo más tozudo que un economista, es un economista argentino. Si el experimento no funcionaba no

era responsabilidad de la propuesta, sino de los desequilibrios anteriores, de que sus medidas no se estaban aplicando con la debida rigurosidad o a causa de otras variables (usualmente, el déficit fiscal) que no se alineaban a sus recetas. Cuando funcionaban por un tiempo, pero eran claramente insostenibles, la cosa era peor. Parecían decidir no ver lo evidente, esperar que la confianza en sus políticas (tema de importancia siempre crucial) se mantenga y aferrarse a su manual, mientras observaban al IPC subir de nuevo, lo que era equivalente a ver al país a punto de arder.

La autora presenta de manera sumamente clara el camino hacia la «tablita cambiaria», el plan austral y, evidentemente, la ley de convertibilidad. Desde el lado heterodoxo, destaca el Plan Austral. Este fue llevado a cabo por economistas que, de acuerdo con sus propias palabras, tenían como objetivo «establecer el debate sobre bases serias, desde el punto de vista de la ciencia económica» (p. 112) y, por tanto, debían independizarse de fidelidades político-partidarias. Lo interesante es ver cómo este plan va reconfigurándose en el tiempo —virando hacia la ortodoxia a partir del recurso a la necesidad de «realismo»— de modo que mutaría constantemente a partir de reformas cortoplacistas que trataban de evitar el fracaso final cuando, en realidad, era claro que solo se estaba prolongando la agonía.

De manera similar, la convertibilidad «puede ser considerada un aporte creativo de los funcionarios argentinos [...] Ante la persistencia de la inflación, los traductores locales del Consenso de Washington fueron llevados a traicionar tanto a sus presuntos socios extranjeros como los principios que ellos mismos profesaban» (pp. 141-142). De nuevo, parecía que se había encontrado la piedra filosofal de la política económica, al punto que otrora detractores y las multilaterales internacionales se empezaban a plegar a esta política que solo evidenciaba eficacia y hasta soportó la primera crisis que la puso a prueba. Cuando ya el experimento resultaba insostenible, Heredia plantea un dilema que enfrentaron los hacedores de política: «podían reconocer, de manera realista, los diagnósticos críticos sobre la convertibilidad, dominantes fuera del país o defender, de modo voluntarista, la institución que tanto prestigio les ha-

bía procurado (p. 234). Fue esta última la opción adoptada, de modo que se tomaban medidas que funcionaban cada vez más como «parches» ante la creciente imposibilidad de mantener el tipo de cambial, puntal sobre el que se fundaba toda la promesa de esta nueva medicina económica. En medio de este proceso, los economistas habían alcanzado la hegemonía absoluta en el manejo de la vida económica del país, como los únicos capaces de opinar sobre el tema, posición que no dejarían pese a su fracaso.

Como hemos dicho, se trata de un libro compuesto por dos partes sumamente interesantes. Conocer el campo de los economistas argentinos y cómo fueron copando posiciones de poder nos brinda una radiografía bastante completa de este campo. Por su parte, no es usual contar con un recuento de discusiones de política económica y planes aplicados con el detalle y relativa simpleza que maneja Heredia. Lamentablemente, si bien los protagonistas son los mismos a lo largo de todo el libro, las dos partes no se encuentran ensambladas. Se hace mención esporádica a una norteamericanización y tendencia hacia la ortodoxia en la academia, pero no se vincula esto de manera desarrollada con las políticas (y discusiones en torno a ellas) que iban tomando forma y la legitimidad con la que contaban.

¿De qué manera la reconfiguración del campo de los economistas argentinos implicó también un desplazamiento de la opinión pública? ¿Por qué la «profesionalización» del manejo de la economía fue aceptada de manera incuestionable por los políticos y población en general, pese a los enormes y rotundos fracasos de los economistas? ¿Cómo fueron mutando las relaciones entre los economistas y el FMI a medida que los economistas se iban acoplando a sus medidas, ya no por una suerte de coacción para conseguir recursos, sino porque su pensamiento se volvía hegemó-

nico? Todas estas preguntas hubiesen necesitado un abordaje mucho más entremezclado entre las dos partes que componen el libro y, de alguna manera, son esas preguntas las que se prometían responder en un inicio. Si los economistas argentinos mostraron de manera repetida su inoperancia frente al problema que deseaban enfrentar, la pregunta central que el libro sugería abordar consistía en entender cómo y por qué pese a estos fracasos, los economistas siguen siendo actores (cada vez más) relevantes. Justamente, la autora refiere que parte de la pertinencia del libro consiste en el regreso del fantasma de la inflación a la vida cotidiana de los argentinos, con lo que hubiese sido ideal tener una respuesta más clara al por qué vuelven los economistas a tener el rol central en la discusión si no pudieron lidiar con ello en el pasado.

En *Never Let a Serious Crisis Go to Waste: How Neoliberalism Survived the Financial Meltdown*, Philip Mirowski aborda de manera comprensiva cómo el pensamiento económico «neoliberal» logró no solo sobrevivir la crisis financiera que había contribuido a generar, sino que se volvió más sólido, hegemónico e incuestionable mientras se salía de la crisis. Aunque tienen objetivos y alcances distintos, esta mezcla entre pensamiento económico y procesos propios de la crisis como hilo central y constante a lo largo del texto hubiese ayudado a redondear el texto que ofrece Mariana Heredia. Es un libro, por tanto, importante e interesante por la información contenida en él, pero que deja también la sensación de que pudo haberse enriquecido si se abordaban las crisis económicas producto de las propias políticas argentinas —un tema muy específico, pues así lo eran sus experimentos— con el ascenso y homogeneización de los economistas —una tendencia, más bien, muy latinoamericana y hasta mundial— de manera conjunta.